

XXIV.

EL GOBIERNO

DEL SR. LIC. D. BENITO JUÁREZ.

Palacio del Poder Legislativo (en construcción).



QRÁGICO ha sido el fin de los Caudillos y libertadores de la América latina.

Ingrato el pueblo, é inclemente el destino, fueron para ellos.

Miranda, el gran apóstol de la libertad, murió desnudo en obscuro calabozo.

Moreno, el predicador de la democracia, el sacerdote de la revolución Argentina, tuvo por tumba el fondo del Océano.

Hidalgo, el sacerdote-caudillo de la Independencia mexicana, murió martirizado, escarnecido, excomulgado.

Belgrano, el salvador de la revolución en Tucumana y Salta, murió en la obscuridad y en la miseria.

Carrera y su rival O'Higgins, el inmortal héroe chileno, murieron desterrados.

Montúfar y Villavicencio, los promotores de la revolución de Quito y Cartagena, estrangulados.

Lozano y Torres, los primeros presidentes de Nueva Granada, cayeron sacrificados por el terrorismo de la restauración colonial.

Piar, el verdadero autor de la insurrección de Colombia, fué fusilado por Bolívar, á quien, dice Bartolomé Mitré, *había enseñado el camino de la victoria.*

Bolívar y San Martín, murieron en el ostracismo.

Desterrado, también murió Rivadavia, el gran *genio civil* de Sud América, y Sucre, conquistador de Ayacucho, sucumbió asesinado en un camino solitario.

Para Juárez, el hado fué clemente. . . .

Juárez murió cuando debía morir, antes de que la ingratitud le asesinara; pero á su vez, fué ingrato á los heroicos sacrificios de aquel pundonoroso y leal soldado, que al poner en sus manos la reconquistada bandera de la Patria, puso en ellas también: su ejército, su mando, su espada, sus laureles y su gloria. . . .

Ya desde el tiempo en que Porfirio Díaz sitiaba á Puebla, empezó á resentirse de la frialdad del Presidente; y á su parte oficial, comunicando el asalto y la toma de Puebla, recibió la siguiente lacónica respuesta del Ministro de la Guerra:

«El Sr. Presidente queda enterado de que ha ocupado Ud. á Puebla.»

Al parte oficial había el General Díaz acompañado una carta particular, en la que solicitaba *alguna distinción* para los soldados que habían tomado parte en el asalto: dicha carta quedó sin respuesta. . . .

Pero aun hay algo más: cuando el Caudillo perdonó á los prisioneros de Miahuatlán, La Carbonera, Oaxaca y Puebla, y en vez de fusilarlos despiadadamente los puso en libertad, Juárez le manifestó su desagrado.

En las «Memorias» de Porfirio Díaz hay párrafos que indican claramente el disgusto de D. Benito Juárez.

«El Presidente me había ordenado, en carta particular, fechada en San Luis Potosí, que redujera á prisión á Mr. Dano, Ministro del Imperio francés cerca de Maximiliano, y que pusiera á disposición del Gobierno el Archivo de la Legación. Contesté al Presidente, que no me parecía prudente ese procedimiento (ya que hasta hoy tenemos la malevolencia de Napoleón, le decía el General Díaz, no tengamos la de Francia por hollar su bandera), pero que no me permitía aconsejarle que no lo llevara á cabo, sino que simplemente le suplicaba que me eximiera de ejecutarlo, y que puesto que ya no había enemigo en el país, no tendría yo inconveniente en entregar el mando del ejército que estaba á mis órdenes, al jefe que me indicara, para que éste cumpliera sus órdenes.

«No recibiendo respuesta á mi carta, ni á un oficio en que resignaba el mando, le escribí otras varias cartas, suplicándole me diera sus órdenes para no perder la oportunidad de cumplirlas, porque el

Ministro francés me urgía mucho para que le diera una escolta que lo condujera á Veracruz.

«Cuando recibí al Sr. Juárez, adelante de Tlalnepantla, pregunté al Sr. Lerdo por qué no se habían contestado mis cartas, y me dijo que, en su concepto, había yo tenido razón en no prestarme á cumplir esa orden, que pudo haber comprometido al Gobierno, y di así por terminado este incidente.

«En los primeros días de Julio (1867) debía llegar á la Capital el Presidente Juárez, y con objeto de recibirlo hasta donde me era permitido separarme del centro de mi línea de operaciones, fui más allá de Tlalnepantla. Momentos después de haber llegado á aquella ciudad, y cuando nos llamaba á almorzar el Lic. D. José M. Aguirre de la Barrera, que era el Jefe Político de ese Distrito, me llamó el Presidente, que á la sazón platicaba en voz baja con su Secretario de Estado, y delante de ellos me manifestó que hacía algunos días que estaba sin haberes la escolta que lo acompañaba, compuesta de un regimiento, dos batallones y media batería, y me preguntó si tendría yo fondos con que cubrir esa urgente necesidad. Contesté al Presidente que sí los tenía y que podía ordenar á sus respectivos pagadores, que al volver yo á la Capital vinieran conmigo para llevar el haber que esos cuerpos habían dejado de percibir, y, además, el que les correspondiera hasta el fin de la quincena corriente.

«Animado el Sr. Juárez por esa respuesta, me manifestó que tampoco el personal de las distintas Secretarías de Estado había recibido sueldo hacía muchos días, y me preguntó si podría ministrar algunos fondos con este objeto. Le contesté que tenía fondos suficientes para cubrir esos sueldos, y que entregaría la cantidad que me ordenara. Entonces me mandó dar 10,000 pesos con cargo á ese ramo, y ordenó á su habilitado viniera á la Capital para recibirlos. . . .

«En una conversación que tuve con el Presidente Juárez, á poco de su llegada á la capital, le supliqué me mandara liquidar mis alcances, en concepto de que no deseaba yo el pago íntegro de ellos, sino solamente un abono de cinco ó seis mil pesos, y que el resto se me fuera pagando por la Aduana de Veracruz, con los derechos de importación que yo causara directamente, pues intentaba dedicarme al comercio y me parecía que esta manera de pago sería cómoda para el Gobierno.

«El Sr. Juárez me hizo observaciones muy obvias respecto á lo difícil que me sería dedicarme á otra carrera y á la imposibilidad de formar mi liquidación, por no saber qué cantidades se me habían pa-

gado por cuenta de mis haberes, durante todo el tiempo de la guerra, cuando no sólo eran irregulares los pagos, sino muy variable el personal de los comisarios y pagadores encargados de verificarlo.

«Comprendiendo que las observaciones del Sr. Juárez eran incontestables, en cuanto á hacer una liquidación exacta, le manifesté que podía formarse ésta tomando la base de que hubiera yo recibido una tercera parte del sueldo que me correspondía y se me liquidara por las dos terceras partes restantes, cuando en realidad estaba seguro de que yo no había recibido ni la cuarta parte.

«El Sr. Juárez aceptó la idea, y entiendo que una base semejante se adoptó para formar la liquidación de otros funcionarios y empleados que acompañaron al Gobierno hasta Paso del Norte, á quienes entonces se pagaron sus alcances en efectivo.....

«Hecha mi liquidación sobre esa base, me manifestó el Sr. Juárez, como prueba de la benevolencia con que siempre me había tratado, que tenía dadas sus órdenes para que se entregaran en numerario, y en un solo pago, los 21,000 pesos que yo alcanzaba. Contesté al Sr. Juárez que no tenía conocimiento de que tal cantidad se encontrara á mi disposición en la Tesorería; pero que si ese pago entrañaba alguna condición, tuviera presente que aún no lo había cobrado y era tiempo de retirar la orden de pago.

«No llegué á sacar ese dinero de la Tesorería; pero algunos días después lo sacó mi apoderado D. José de Teresa, por aviso que le dió directamente el Sr. Juárez, y lo conservó en su poder hasta que el Sr. Benítez dispuso de él, con mi autorización, para sostener un periódico en la capital. Cuando supe que no me quedaban más que 3,000 pesos, encargué al Sr. D. José de Teresa que me los remitiera; pero desgraciadamente se perdió ese depósito en un robo que sufrió su casa, y aun cuando el Sr. Teresa podía considerarse obligado á reportar la pérdida, me ofreció el 50 por ciento, que fué todo lo que recibí de los 21,000 pesos de mis alcances.» (Memorias).

Como se ve, un cambio muy notable se había verificado en el ánimo del Presidente Juárez, desde los últimos triunfos del General oaxaqueño.

«Me recibió con aire adusto,» dice Porfirio Díaz al referir su encuentro con el Presidente, cuando fué á recibirle á Tlalnepantla.

¿Era con aire adusto como debía ser recibido?

Sin duda un hondo abismo separaba ya entonces al zapoteca y al mixteca, al maestro y al discípulo, al jurista y al soldado.

Entre aquellos dos hombres se interponía ya una sombra, la som-

bra de la duda.... El de la toga encontraba muy grande al de la espada.... esto es humano.

Porfirio Díaz había empezado su tercera campaña con sólo 14 hombres mal armados; al entregar á Juárez la plaza conquistada, le entregaba 21,000 soldados, un ejército armado y el dinero suficiente, más de 300,000 pesos* para pagar á los ministros y á la tropa: era organizador y era hacendista, combatía y ahorraba, llevaba cuenta y devolvía lo que sobraba.... ¡Esto era demasiado!

Un hombre así podía ir muy lejos, y además.... ya el ejército sobraba.

Juárez se apresuró á retirar á los jefes triunfadores las facultades discrecionales de que se hallaban investidos durante la campaña, y á reducir el ejército, de más de 90,000, á sólo 20,000 hombres, acordando que al retirarse á sus hogares los soldados, se les diesen las gracias en nombre del Supremo Gobierno.

Con un decreto, creyó dejar resuelto el más difícil y espinoso problema que en su administración se presentaba.

No se harían esperar los resultados.

En un país como el México de aquella época, y con un pueblo como el nuestro en aquel tiempo, la contienda civil era inminente.

Refiriéndose á la difícil situación del Gobierno de Juárez, dice el Sr. D. Justo Sierra:

«Para lograr tener en la mano y hacer suyo al ejército, había un obstáculo casi insuperable: los Generales vencedores, los héroes de la guerra reciente. Todos ellos aspiraban á situaciones privilegiadas, á especies de autonomías militares de honor, de consideración y de poder, no sólo para ellos, sino para los grupos guerreros que se habían formado á su sombra. La masa armada, la que no era propiamente un elemento militar, vuelta á sus hogares ó á sus guaridas, había quedado licenciada ó dispersa, lista para las futuras revueltas ó disuelta en gavillas de bandoleros que mantenían, en toda la extensión del país, la alarma, la inquietud y la desconfianza; de lo que se ori-

* «A pesar de las alternativas de la campaña y de los frecuentes cambios en el personal de los empleados de la Comisaría, pude llevar una cuenta de todos los caudales que manejé, que comenzó el 1º de Octubre de 1865, con el dinero que capturé á Visoso en Tulancingo y terminó con la entrada del Gobierno federal á la ciudad de México, el día 15 de Julio de 1867.» (Memorias).

El General Díaz entregó \$87,232.19 cs. que tenía en la caja del cuerpo de ejército de su mando, y más de \$200,000 que existían en diversas oficinas de Hacienda, que funcionaban bajo su administración.

ginaba un estado nervioso que indicaba que la República no volvería á la salud sino en tiempos indefinidamente lejanos.

«La habilidad del Ministro de Juárez, consistió en desarmar á los elementos hostiles, cuando eran útiles, halagándolos, colmándolos de consideraciones y esperanzas; y en donde las primeras personalidades eran de un temple bastante fuerte para resistir á estos halagos, entonces las otras, los Generales de segunda fila, los Coroneles —y entre ellos había magníficos soldados,— eran solicitados, atraídos, afiliados, desligados de sus jefes: el gran prestigio de Juárez hacía lo demás.

«El jefe más conspicuo del ejército, el que gozaba lo mismo entre las Legiones del Norte que del Occidente ó del Centro, de gran simpatía é incontrastable ascendente en el antiguo Ejército de Oriente, que se mantenía á sus órdenes personalmente adicto, y huraño, casi hostil, al Gobierno, que desconocía sus méritos y despreciaba sus servicios —hemos nombrado al General Porfirio Díaz,— era el peligro, la preocupación y el obstáculo; aconsejado por un patriotismo extraviado, pero intensamente enérgico, era apto para provocar una revolución, pero incapaz de dirigir un pronunciamiento. Entretanto, el jefe de la 2ª División, desprendido y rígido ante el halago, se retiró tranquilo, descontento y fuerte.» *

A pesar de la *difusión* del Sr. Sierra, se puede comprender que la política del *hábil* Ministro de Juárez consistía en *dividir, atraer, halagar, prometer y engañar* á los generales que eran útiles, y, á falta de ellos, á los de segundo orden, y que en cambio, al jefe más conspicuo del ejército, por considerarlo como un obstáculo y un peligro, se le desconocían sus grandes méritos, despreciando sus servicios, y que este conspicuo jefe, aconsejado por un patriotismo extraviado, pero intensamente enérgico, era apto para provocar una revolución, y se retiró *tranquilo, descontento y fuerte*.

Pero á decir verdad, ni el Ministro de Juárez fué hábil, ni los medios ó intrigas, por él puestos en juego, eran los apropiados para llegar al fin que se buscaba: el aniquilamiento del militarismo; ni Porfirio Díaz representaba un obstáculo, ni su patriotismo era extraviado, ni el *peligroso* jefe se retiró tranquilo y descontento, sino decepcionado y profundamente entristecido por el presentimiento de los males que amenazaban á su patria, y el fundado temor de que los des-

* México. Su Evolución Social. J. Ballezá y Cía. Sucesores. Editor.— México.—1901.

aciertos de aquel Gobierno impopular nos hundiesen de nuevo en los horrores de la guerra civil.

Jamás Porfirio Díaz pensó en hacer una revolución; lo que tal vez pensó desde aquel tiempo, fué acaudillar la que el militarismo hiciera, para poder así encauzarla, engrandecerla, utilizarla en los grandiosos fines á que su recto patriotismo le impulsaba, y después deshacerla para siempre, como, por cierto, la deshizo.

Muy mal obró el Gobierno regateando los sueldos al que, habiendo podido enriquecerse, devolvía los caudales que estaban en su mano, y obró peor, despreciando su abnegación y sus servicios.

Soy un ferviente admirador de Juárez, modelo de patriotas, mas no de gobernantes.

El civismo del gran reformador puede servir de ejemplo al mundo entero: fué un honrado, un apóstol, un creyente; pudo salvar á un pueblo, y no supo gobernarlo.

El primer desacierto de su Ministro Lerdo, fué el prematuro é impolítico golpe con que intentó deshacerse del elemento militar predominante.

Quizás el erudito Ministro recordaba la pérfida conducta de aquel Amilcar Barca, sufeta de Cartago, al deshacerse de las huestes mercenarias que salvaron á la República africana.

Sólo que en esta vez no se trataba de huestes mercenarias, sino del grande, del glorioso y abnegado ejército republicano, que merecía, no la perfidia del general cartaginés, obligando, por hambre, á los soldados á devorar unos á otros, sino la gratitud de la República salvada.

El segundo y más grande desacierto del Ministro, fué aquella célebre convocatoria de 14 de Agosto, creando un ilegal plebiscito, que sancionara la institución del Senado, el veto del Presidente y algunas otras reformas constitucionales, que el pueblo reprobó tácitamente, negándose á votarlas.

Nació así la escisión entre los partidarios de Juárez y los del Secretario de Estado, y con ella nacieron los partidos juarista y lerdistas.

Tratóse luego de aplicar aquella ley que tan severamente castigaba á los cooperarios de la Intervención; vinieron las poco equitativas conmutaciones de la pena de muerte en la de prisión; de ésta en la de destierro, y la de confiscación en la de multa.

Entre tales desaciertos políticos y otros aún más grandes desaciertos económicos y administrativos; entre el amenazador descontento